

sobre todo, a quienes no creen o dudan de ella. Filósofos como Pascal o Kierkegaard han desvinculado razón y fe, derivando hacia la angustia de la apuesta (creer en un Dios que puede no existir o viceversa) o llevando el tema al espacio de lo irracional: luz o tiniebla absolutas, Dios no da explicaciones ni las pide.

Hay, por contra, un Dios «de los filósofos», de quienes, por distintas vías, intentan, si no demostrar, al menos mostrar el lugar de su necesaria existencia. Porque, con precisión, Dios es, para la filosofía, la absoluta necesidad, la garantía, de que hay algo realmente Real, la esperanza de lo sumo y último: bello, bueno, justo.

Desde los más astutos y remotos razonadores de la Iglesia (entre Anselmo y Tomás de Aquino) se trató de conciliar la Revelación con las insistentes perplejidades de los filósofos clásicos acerca de esa causa que no era causada, de ese origen original, de ese quieto promotor del movimiento, de ese eterno fabricante del tiempo que, convertido en sujeto por vocación del pensamiento occidental, se suele denominar Dios, aunque rehuya todo nombre estricto.

Mackie ordena y repasa, con ánimo confutador, los distintos trucos de la filosofía para demostrar la existencia de Dios. El autor está dispuesto a creer si le prueban con fehaciencia y no con mera ciencia fea, que Dios existe. Pero ya Hume señaló hace mucho que la existencia de Dios es demostrable para quien crea en ella y no viceversa. Así que Mackie concluye que las argumentaciones teístas son impecables e inconvincientes. En efecto, nadie puede probar la corrección de un principio, ni su falsedad. Solo cabe aceptarlo por verosímil, acudiendo a la vieja costumbre de pensar y a su propia vejez.

Pasado y pensamientos. Alexandre Ivánovich Herzen, traducción y notas de Olga Novikova y José Carlos Lechado, Tecnos, Madrid, 1994, 368 págs.

Por fin hay una edición española, aunque fragmentaria, de las memorias de Herzen (1812-1870), un hombre que vivió entre la revolución liberal fracasada en su patria rusa y la fracasada Comuna de París. Desde 1847 su lugar(mejor dicho: su no-lugar) fue el exilio.

Socialista liberal, herido de desengaño por la frustración de 1848, Herzen trufó de pesimismo romántico las fuertes tendencias progresistas y positivistas de su tiempo, tomando de Hegel lo que denominaba «poesía de la dialéctica»: intentar pensar la vida, dando carne en la historia al abstracto pensamiento dialéctico, y quitándole su carga religiosa, teodicea y destino providencial.

Admirador de la Europa desarrollada, decepcionado de sus limitaciones, creyó, contra los postulados de Marx, que la revolución social podría ocurrir sólo en la Rusia atrasada y campesina. El segundo Lenin lo rescató, en contra del maestro alemán, y ensayistas de otro carácter (Isaiah Berlin, sobre todo) lo ponen entre sus antepasados.

La distancia irónica, la extranjería, cierta elegancia de gran señor venido a menos, unidos a un talento de observación psicológica propio de la gran novelística rusa del XIX, permiten a Herzen escribir unas confesiones que son, a la vez, su historia y la de todos. La amenidad del relato, el brillo de los perfiles personales (Proudhon, Bakunin, Owen, Garibaldi) y la descripción de las disensiones íntimas de la izquierda europea (dividida, sobre todo, quién lo diría, por desconfianzas nacionales) rayan a gran altura. Sus cuitas interiores, en general suprimidas en la selección, muestran al fino investigador de la *Innigkeit* romántica. Un bello libro, montado sobre la inteligencia de la perplejidad y los fueros de la inteligencia en medio del maniqueísmo de la acción.

George Steiner en diálogo con Ramin Jahanbegloo, traducción de Manuel Serrat Crespo, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1994, 226 pp.

Nacido en París en 1929, hijo de familia judía austriaca, educado en tres lenguas, alumno de universidades norteamericanas, Steiner es un acabado modelo de *Weltbürger* cosmopolita y movedizo que reparte su tiempo entre Londres y Ginebra, además de presentarse en incontables foros de discusión e investigación. Este reparto de lugares y de espacios imaginarios ha dado como emergente una obra crítica de gran amplitud, de constante libertad, erudita pero sin sofocaciones, donde

todas las maneras de leer se encuentran en una suerte de tertulia o coro de voces sabias, ingeniosas, inesperadas.

Steiner explora, junto a su interlocutor, su vida, que es, sobre todo, el cumplimiento de un decreto paterno: serás sabio porque eres, y serás, judío. Como Hegel, nuestro escritor cree que el adversario siempre tiene razón (siendo que soy también su adversario y tengo razón con/contrá él). Su padre, su adversario, sigue teniendo razón y este reflujo de Steiner hacia una noción sustancialista del texto (un Dios, una verdad, un lenguaje detrás de la babélica proliferación de las lenguas) desemboca en una crisis religiosa. Toda lectura aparece garantizada y vigilada sólo por el único Dios verdadero, el Dios revelado en las Escrituras que invisten a Israel con el privilegio de la Santa Alianza.

Estos elementos de crisis van apareciendo en la conversación Steiner-Jahanbegloo, ilustrados por reflexiones de aforística sabiduría y muy escasas noticias biográficas. La vida de Steiner es paradisíaca en el sentido borgiano: es una biblioteca donde está todo lo escrito que no es, a cambio, todo lo dicho ni lo decible. Encierro, laberinto y abismo, la escritura sólo puede ser plenificada por Dios. Pero Dios no está en ninguna biblioteca, salvo en el número del clasificador que se refiere a El.

En su madurez, Steiner se formula con machacona insistencia una cuestión que no es característica de su obra. Esta se plantea el *yo hago*, aquél se pregunta con angustia monotemática *¿quién soy?*

B.M.

Obras completas, vols. I y II, Miguel de Unamuno. Edición de Ricardo Senabre. Biblioteca Castro. Turner, Madrid 1995.

Estos dos volúmenes de las obras completas de Miguel de Unamuno (1864-1936) que contienen su narrativa, se seguirán de ocho más que reunirán el teatro, la poesía, artículos y ensayos y los libros de viaje, autobiográficos y otros escritos difíciles de clasificar. Recordaré los títulos: *Paz en la guerra. Amor y pedagogía. Niebla. Abel Sánchez. La tía Tula. El espejo de la muerte. Tulio Montalbán y Julio Macedo. Tres novelas ejemplares y un prólogo. San Manuel Bueno, mártir.*

El texto que aquí se reproduce corresponde (salvo las correcciones de erratas de las que Senabre ha limpiado esta nueva edición) a la de la primera edición confrontándola con la segunda y con la versión recogida en las *Obras completas* que llevó a cabo Manuel García Blanco.

La obra narrativa de Unamuno está compuesta por doce novelas (de muy distinta extensión) y varias docenas de cuentos. Las novelas de Unamuno son ricas en ausencia de elementos externos. Muy poco que ver con Galdós, sus narraciones van a lo esencial. No quería hacer novelas sino, como señaló con humor, «nivolas», una manera nueva de novelar. Para él, novelar era desarrollar un pensamiento fundamental, actitud que cuadra muy bien con el de la filosofía. Ortega dijo que un filósofo sólo tenía una sola idea. Pero ese pensamiento es evasivo y adopta formas distintas. No es tanto un concepto como una visión, de lo contrario la novela se reduciría a mero concepto o a mera ilustradora de ideas. Senabre lo dice con exactitud: en el caso de Unamuno «la idea nos llega, en rigor, como metáfora»; pero esta metáfora —añado— no puede serlo meramente de una idea sino de las vidas que «producen» éstas o aquellas ideas.

Es sabido que Unamuno estaba obsesionado por la supervivencia. No por los avatares de la vida cotidiana sino en su sentido más trascendente: una vida superlativa, la continuidad de la vida. Quería ir al cielo con traje de tres piezas. No morir con las botas puestas (cosa que, valientemente, hizo) sino, además, resucitar con ellas. Senabre nos recuerda ese aspecto reiterativo de la paternidad como manera de eternizarse. El autor, además, es padre de criaturas de palabras y, sin contradicción, hijo de sus obras. Este signo, creo, es cervantino: esas criaturas engendradas por el autor se echan a hablar por ellas mismas.

La biografía de Unamuno, de gran valor cívico, está marcada por la muerte de su padre cuando él apenas si tenía seis años. Senabre, en su prólogo a la narrativa, hace un rastreo, de interés, de la iteración de esta orfandad y su trascendencia en su pensamiento pero, sobre todo, en su obra creativa. Sin duda, Senabre tiene razón, pero creo que es un fallo dedicar toda su introducción a este aspecto, con lo cual no nos da una visión de conjunto de la complejidad de Unamuno y su

sentido dentro de la narrativa española de principio de siglo, y en un contexto mayor, el europeo, cosa que hubiera sido necesario para entender su importancia como autor.

Obras completas, vols. I y II. Leopoldo Alas «Clarín». Introducción de Santos Sanz Villanueva. Biblioteca Castro, Ed. Turner, Madrid 1995

Primeros dos volúmenes de los once de que constará las obras completas de Leopoldo Alas «Clarín». En el primero se recoge *La Regenta* y en el siguiente *Pipá. Doña Berta. Supercherías. El señor y lo demás son cuentos. Cuentos morales. El gallo de Sócrates*. Esta *Regenta* viene precedida por el prólogo que Benito Pérez Galdós escribió para la edición de 1901.

La Regenta es uno de esos raros casos de novela madura escrita por un autor todavía joven. Recordemos también al Thomas Mann de *Los Buddenbrook*. La novela suele ser un género que requiere experiencia, a pesar de lo que se empeñan nuestros editores, siempre a la caza del gran novelista de calzón corto. Clarín escribió esta gran obra como capítulos sueltos —tal como él confiesa— sin quedarse con copia de lo que iba redactando. Fue iniciada en 1883 y finalizada en 1885.

Sanz Villanueva incardina la novela dentro del naturalismo de Clarín, una teoría que trata de reflejar «la verdad de lo real tal como es». El método es, primeramente, una atenta observación de los hechos y luego la experimentación mediante la composición literaria. Un realismo no idealista. Algunos datos más de esta poética, según Clarín: sencillez argumental, objetivismo, estilo no pretencioso y la voluntad de dar un relato que englobe el destino particular y su dimensión moral. Necesitamos, sin embargo, comprender *La Regenta* fuera de este lecho crítico reductivo, tal como ya señaló con pertinencia Juan Goytisolo.

La historia de *La Regenta* es la del adulterio de una mujer (Ana Ozores), tema central al que se unen las tribulaciones y empeños de un sacerdote (el magistral) dominante y enamorado; un conquistador donjuanesco (Alvaro Mesía); pero todo ello insertado en el mundo social de una ciudad de provincia (Vetusta-Oviedo) en

tiempos de la restauración. La grandeza de *Clarín* tal vez consista en hacernos ver ese mundo como expresión del drama moral y sensible de esos personajes principales.

Obra crítica, lo es tanto del comportamiento hipócrita (y poco cristiano) del clero, como de la vulgaridad de la sociedad finisecular, falsamente ilustrada. Cuando sus personajes hablan del mundo intelectual de París, lo hacen, en realidad, desde una perspectiva poco ilustrada. La visión, como señala Sanz Villanueva, es profundamente negativa ya que *Clarín*, fiel a su método, no se permitió ni siquiera una proyección de sus propias ideas positivas. Nada ni nadie se salva. De hecho se le criticó en su tiempo que «idealizara» la corrupción. Esta crítica, llevada algo más lejos, nos pondría en la imposibilidad de aceptar el método naturalista: a la crítica de la noción de realismo; pero ese es un asunto que, un poco después, llevarían a cabo otros escritores. *La Regenta*, más allá de las teorías literarias, queda abierta, no se cierra sobre sí misma sino que se abre al lector como uno de los testimonios críticos más logrados de la vida de provincia de finales del siglo XIX.

Frente a este gran fresco de *La Regenta*, el segundo volumen recoge obras de corta extensión. *Clarín* siempre escribió cuentos, desde los dieciséis años hasta el final de su vida ocurrido en 1901. Sanz Villanueva destaca el tono íntimo y cordial de *Clarín* en sus cuentos (cordialidad que no se permitió en sus novelas), además de el carácter autobiográfico de muchas situaciones y pensamientos. «Y es que —como afirma el editor de estos dos volúmenes— el conjunto de los cuentos de *Clarín* son resultado de exteriorizar inquietudes vivenciales, y no consecuencia de un gusto por contar ni producto de cualidades técnicas de un narrador profesional».

Historias caballerescas del siglo XVI. 2 volúmenes. Edición y prólogo de Nieves Baranda, Biblioteca Castro, Turner, Madrid 1995.

En primer lugar hay que referir de qué historias se trata: Para el primer volumen, *Corónica de Cid Ruy Díaz, Historia de Enrique hijo de doña Oliva. La historia de los nobles cavalleros Oliveros de Castilla y Artús d'Al-*